



No es lo mismo ser un «listillo» en Europa, Asia o América. En España, se trata de un personaje que siempre ha gozado de buena aceptación. Es un tipo que suele aprovecharse de la ingenuidad ajena para hacer prosperar sus intereses. Todos conocemos a alguno. El «listillo» es el pícaro de nuestro tiempo, heredero de unas sociedades en las que la injusticia era ley y por eso su descaro era bien recibido.

Aunque ya no estamos en la Edad Media, el «carota» sigue triunfando y, de hecho, tiene muy buena fama. A su lado, puedes llegar a sentirte un auténtico «pringado». Pero un pequeño vistazo fuera de nuestras fronteras nos ofrece una imagen bien distinta de esta figura. Fuera, el «carota» no triunfa. De cómo se vive realmente este fenómeno en el resto de Europa, Asia o América, nos van a hablar nuestros corresponsales en esta ocasión. Una reflexión para tomar conciencia de la importancia de la educación.

Desde EE. UU.



Borja Sotomayor
borja@borjanet.com

Vaya por delante que, en mis años mozos, yo era un «listillo». El típico (¿o no tan típico?) chaval que absorbía información como una esponja, se volcaba en sus estudios, y coleccionaba matriculas de honor, tanto en la escuela como en la universidad. Si hubiese pasado esos años en EE.UU., los otros chavales seguramente se habrían referido a mí como un *nerd*, un *geek* o un *dork*, y mis años por la escuela habrían sido muy distintos.

Ser un «listillo» en EE.UU. es muy distinto a serlo en España. Hasta hace poco, cualquier

variante de «listillo» o *friki* era, *ipso facto*, *uncool*. No hay más que recordar aquellas películas de los años 80 —*Regreso al Futuro*, *La Revancha de los Novatos*, casi todas las películas de John Hughes, etc.—, donde el «listillo» en la escuela aspiraba a ser, en el mejor de los casos, el antihéroe y, en el peor de los casos, objeto de las burlas de los chavales populares. En España, en cambio, existe una especie de *laissez faire* ante los «listillos». En la universidad nadie se metía conmigo por ser un «listillo». Cada cual a lo suyo.

Eso sí, en EE.UU. la actitud hacia los «listillos» está cambiando. Este cambio empezó a finales de los 90 con la popularización de Internet y la burbuja de las «punto com». Algunos de esos «listillos» que se pasaban el día *frikeando* en la escuela resultaron ser el tipo de personas que fundaron o, más habitualmente, formaron parte del capital intelectual de muchas compañías en Silicon Valley. El público general se empezó a dar cuenta de que ser un «listillo» no sólo servía para tener un conocimiento enciclopédico sobre Star Trek; ser un «listillo» podía ayudarte a convertirte en un millonario y, en EE.UU., país capitalista y emprendedor por antonomasia, eso equivale a ser *cool*.

Por supuesto, ya teníamos muchos ejemplos de «listillos» convertidos en

millonarios, como Bill Gates, *nerd* por antonomasia, o Steve Jobs, que por aquel entonces ya estaba liderando el resurgimiento de Apple. Sin embargo, eran la excepción y no tenían la misma visibilidad que tienen hoy. Con la llegada de las «punto com», los «listillos» «de a pie» empezaron a cotizar mucho más alto.

De hecho, incluso los «listillos» que vemos en las películas y en las series de televisión son retratados más positivamente. El «listillo» ha pasado a ser un personaje entre adorable y admirable, con ciertas pinceladas cómicas, aunque no negativas. Un claro ejemplo es el personaje de Sheldon Cooper (interpretado por Jim Parsons) en «The Big Bang Theory», una serie que cuenta las vivencias de un grupo de «listillos» (físicos en una universidad americana, para ser más concretos) y que ha tenido un éxito tremendo en EE.UU. Sheldon Cooper, un investigador de física teórica, hiperinteligente, e hiperfrik, es una de las principales fuentes de humor en la serie, pero sin presentar su personaje como estereotípicamente negativo. Lo más destacable es que, a pesar de contener abundantes referencias a la cultura *geek*, esta serie resulta popular con el público general, en lugar de ser una serie *underground*. En EE.UU., el mundo de los «listillos» cada vez resulta más *mainstream*.



Imagen de Dunechaser. Obtenida en www.flickr.com (CC BY-NC-SA 2.0)



Desde Europa

Las Termitas Sociales



Íñigo Calvo Sotomayor
www.retguardia.org

Cuando uno piensa sobre el término «listillo» lo primero que se le viene a la mente es la imagen del pícaro, ese personaje entrañable que agudiza su ingenio para sobrevivir, engatusa con su labia e intenta superar sus penalidades recurriendo a trucos y engañas.

Este artículo podría hablar sobre las modalidades del pícaro que se dan a lo largo y ancho de Europa, dado que aunque su vertiente española es conocida y ha sido popularizada, este estereotipo es común, con ciertos matices geográficos, de Lisboa a Tallin.

Pero no va a ser el caso. Por el contrario, las siguientes líneas van a analizar a una nueva tipología de «listillo» que se ha extendido por nuestra sociedad en las últimas décadas, un tipo de persona que, más que explicar su comportamiento ladino por su falta de recursos, se guía por un absoluto desinterés en contribuir en la sociedad en la que vive.

Un género humano que por desgracia no es tan raro en las sociedades desarrolladas y que, sorprendentemente, logra tejer su tela de araña con la absoluta aprobación del resto de sus conciudadanos.

La primera característica de este «neo-listillo» es su creencia en que la estructura social en la que vive es algo dado, innato a la vida humana. Cree que la sociedad, más que un contrato que se da entre personas que conviven en perímetros geográficos

determinados y que ha costado siglos pactar, es como la naturaleza, una creación previa e independiente al hombre que no necesita atención y mejoramiento continuo, y que puede ordeñarse en beneficio propio.

En otras palabras, esta clase de «listillo» no aprecia el frágil equilibrio social que se da entre derechos y obligaciones, esto es, que los derechos conllevan obligaciones, y que el ejercicio de estas últimas es lo que genera derechos.

Debido a esta falta de conciencia social y de comprensión del medio interdependiente en el que vive, el «neo-listillo» lleva a cabo acciones que no le producen ningún tipo de vergüenza, y que sus amigos y allegados aplauden groseramente.

El ejemplo más claro de este comportamiento es la evasión fiscal. El nuevo «listillo» cree a pies juntillas que si consigue —a través de subterfugios más que dudosos— reducir su aportación a las arcas públicas, ha logrado una gran hazaña. En ningún momento se para a pensar que los servicios públicos se financian con la aportación vía impuestos de la ciudadanía, y que el hospital que opera a su hijo será de menor calidad debido al dinero que él ha defraudado a la sociedad.

Otro ejemplo de la actividad del «neo-listillo» es su continua y sostenida actividad en el campo del tráfico de influencias. Llamar a un conocido para que interceda por él en algún tipo de negocio o colocar a un amigo o familiar en un puesto de confianza es una de sus actividades favoritas.

Aunque, tal y como se ha apuntado, este nuevo género de «listillo» afecta a todas y cada una de las sociedades europeas, se ha de decir que abundan más a orillas del Mediterráneo que en las frías tierras del norte (de hecho, en Italia pueden llegar con relativa facilidad al puesto de primer ministro).

Una advertencia de cara a identificar y defenderse de los cantos de sirena de este personaje: su apariencia es multiforme. Hoy en día el «neo-listillo» puede vestir buzo de trabajo, camisa abierta con cadena de oro o un impoluto traje y modales refinados. Su origen o extracción social es indiferente, lo que le caracteriza es su miopía social, su creencia en que la sociedad es un botín a saquear.

Por todo esto y mucho más, el nuevo género de «listillo» que asola Europa se sitúa en las antípodas del pícaro novelado. El «neo-listillo» no es una persona que sobrevive y se busca la vida con ingenio en un medio hostil, sino una termita social que se aprovecha de una sociedad democrática y desarrollada. Un tipo de persona que con una sonrisa en los labios, un halo de civismo y una —increíblemente— buena percepción social, se dedica a defraudar a Hacienda, traficar con influencias y aprovecharse de sus conciudadanos.

Por ello deberíamos empezar a plantearnos si Europa no necesitará una fumigación legislativa a gran escala que le libre de estas termitas sociales o que, por lo menos, haga ver a los «neo-listillos» que la sociedad no va a permitir que se sigan aprovechando de ella.



Imagen de Dunechaer. Obtenida en www.flickr.com (CC BY-NC-SA 2.0)

Desde Asia



Asier Sinde Elgarresta
asiersinde@lycos.com

El «pillo» en Asia ¿héroe o villano?

Siempre es difícil generalizar acerca del comportamiento y puntos de vista de la gente en un país en concreto, y aún más difícil hacerlo cuando se trata de un continente tan grande y variado como el asiático, en el que encontramos tanto economías y sociedades avanzadas y maduras, como la japonesa o coreana, como otras que se encuentran aún en fase de desarrollo (China, Indonesia, Vietnam...). En base a mi experiencia personal, el concepto del «pillo» en estos países puede llegar a ser muy diferente.

En los últimos países nombrados, la supervivencia y la necesidad de pelear día a día para conseguir traer el pan a casa es un factor que define la forma en la que la gente se comporta. El ser «pillo» y algo descarado, por lo tanto, puede llegar a ser una cualidad que determine tu habilidad de sobrevivir o tener un nivel de vida más o menos digno. No hay más que salir del aeropuerto, para darte cuenta de que en estas sociedades, si no le echas cara a la vida, y no te conoces varias jugarretas, no consigues comerte la tostada (y por lo tanto, no hay pan que llevar a casa).

No es de extrañar que en estas sociedades, el ser «pillo» pueda ser asociado con tener capacidad de prosperar y llegar a tener éxito y, por lo tanto, que la sociedad en general tenga una percepción positiva de sus cualidades. El problema, sin embargo, puede surgir cuando aquel que es «pillo», descarado y, a menudo, sin escrúpulos llega al poder. Ese instinto y afán por satisfacer necesidades personales puede llegar a comportamientos éticamente cuestionables que perjudiquen a la misma sociedad que te ha apoyado e incluso halagado.

En el otro extremo estarían Japón y Corea, cuyas sociedades aún tienen una influencia confucionista que define su forma de pensar, y, por supuesto, de actuar. Por lo general, la gente se relaciona dentro de círculos o grupos que en cierta forma define a los miembros que lo componen y a su vez les protege. El «pertenecer» o «ser parte» de ellos es, por lo tanto, importante tanto en Japón como en Corea. Es de entender, por lo tanto, que cualquier comportamiento individualista que persiga obtener beneficios personales a costa, a menudo, de perjudicar a aquellos que te rodean es algo que, primero, no está bien visto y, segundo, no es muy normal presenciar, ya que la gente no quiere coger riesgos que puedan poner en peligro esa «pertenencia» al grupo, o incluso llegar a ser rechazado por la sociedad.

Por citar una pequeña anécdota, un fin de semana reciente fui a un concierto con un grupo de amigos estadounidenses y coreanos. Durante el descanso uno de los estadounidenses vio que había varios asientos VIP libres que no habían sido ocupados. «Pillo» como él solo, y con una sonrisa de oreja a oreja, sugirió que nos coláramos a esa zona antes de que comenzara la segunda parte. Aunque al otro amigo americano le encantó la idea, las caras de los coreanos pasaron a reflejar una tensión que dio a entender inmediatamente su preocupación e incomodidad.

Desde su punto de vista, tal comportamiento no forma parte de las «normas de conducta» apropiadas dentro de la sociedad, ya que conllevaría una situación embarazosa e incómoda para todos los de

alrededor como consecuencia de una actitud egoísta e individualista (querer acceder a los mejores asientos sin haber pagado por ellos). Su respuesta a la propuesta fue un «como vosotros queráis» en un tono que dejó bien claro que la idea no era de ninguna forma de su agrado.

Sin embargo, es curioso ver que la sociedad sólo parece esperar estas «normas de conducta» de la gente local, es decir, de aquellos que son coreanos o japoneses. Bajo la opinión de que en países occidentales «la gente se comporta de forma diferente», no es de extrañar que la sociedad no rechace la actitud del «pillo» si el protagonista es occidental.

También es curioso ver que las expectativas de comportamiento correcto son, asimismo, menores para aquellos japoneses o coreanos que nacieron o se educaron en Occidente. Si éstos se comportan de forma descarada o individualista, enseguida lo asocian con el hecho de que son «kyopos» (coreanos nacidos fuera de Corea) y, por lo tanto, no «culturalmente puros».

Con cada vez más jóvenes asiáticos estudiando y trabajando en Occidente, lo más probable es que tanto Japón como Corea vayan perdiendo esa influencia confucionista y vayan desarrollando y aceptando comportamientos más asociados a sociedades europeas y americanas. La pérdida de esta influencia confucionista sería, a mi modo de ver, una gran pena, ya que puede que seamos nosotros en Occidente los que deberíamos recobrar algunos de estos valores que aún siguen vigentes en Oriente.